

Forcella 3548

~~82-32-4~~

~~5826~~

13-5-8

4172

LA VIDA INQUIETA



POESÍAS

MANUEL REINA

LA VIDA INQUIETA

— POESÍAS —

—
SEGUNDA EDICIÓN
—

MADRID
LIBRERÍA DE FERNANDO FÉ
Car. de San Jerónimo, 2

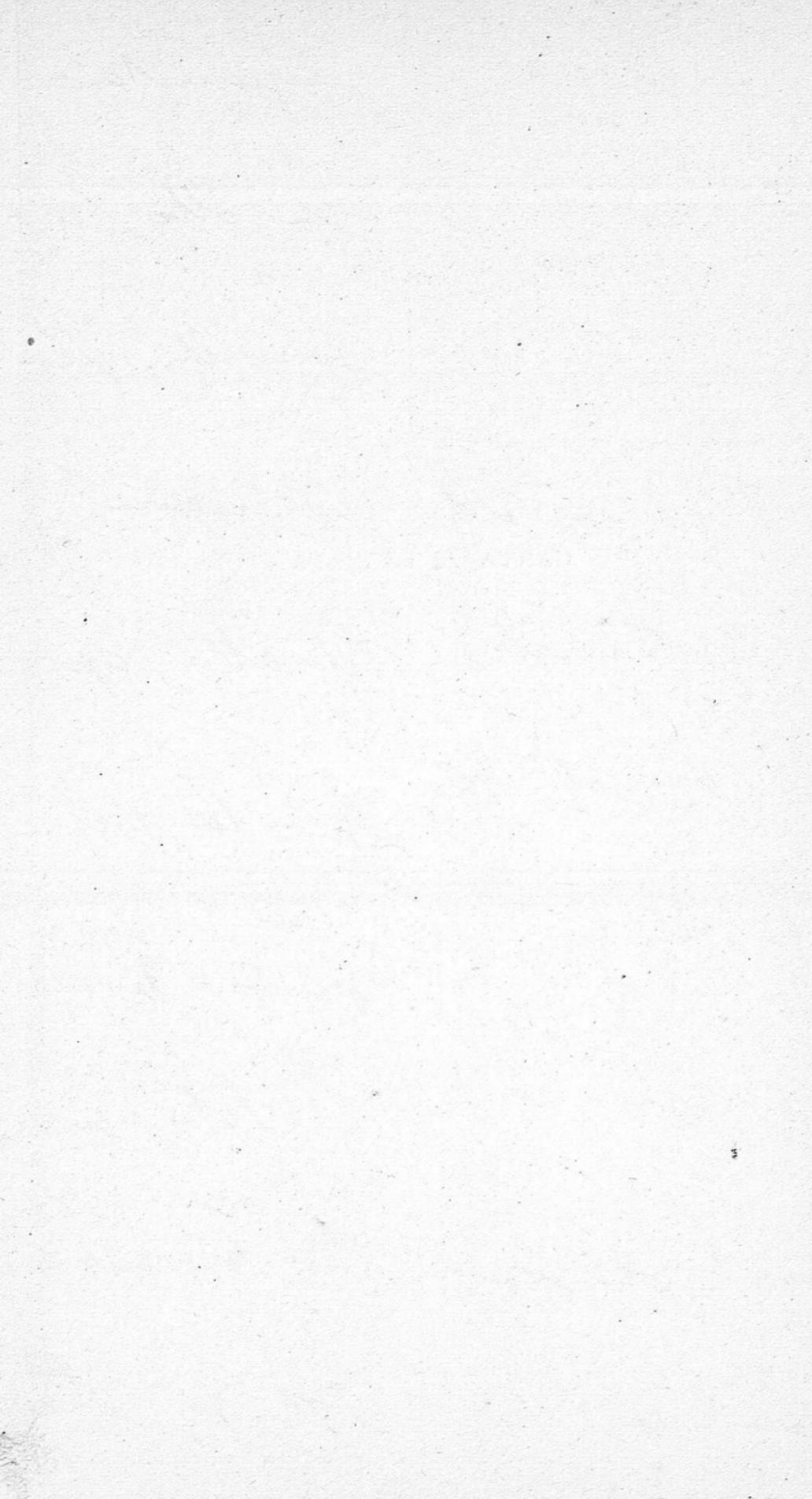
—
1894

~~~~~  
**Es propiedad del autor.—Derechos reservados.**  
~~~~~

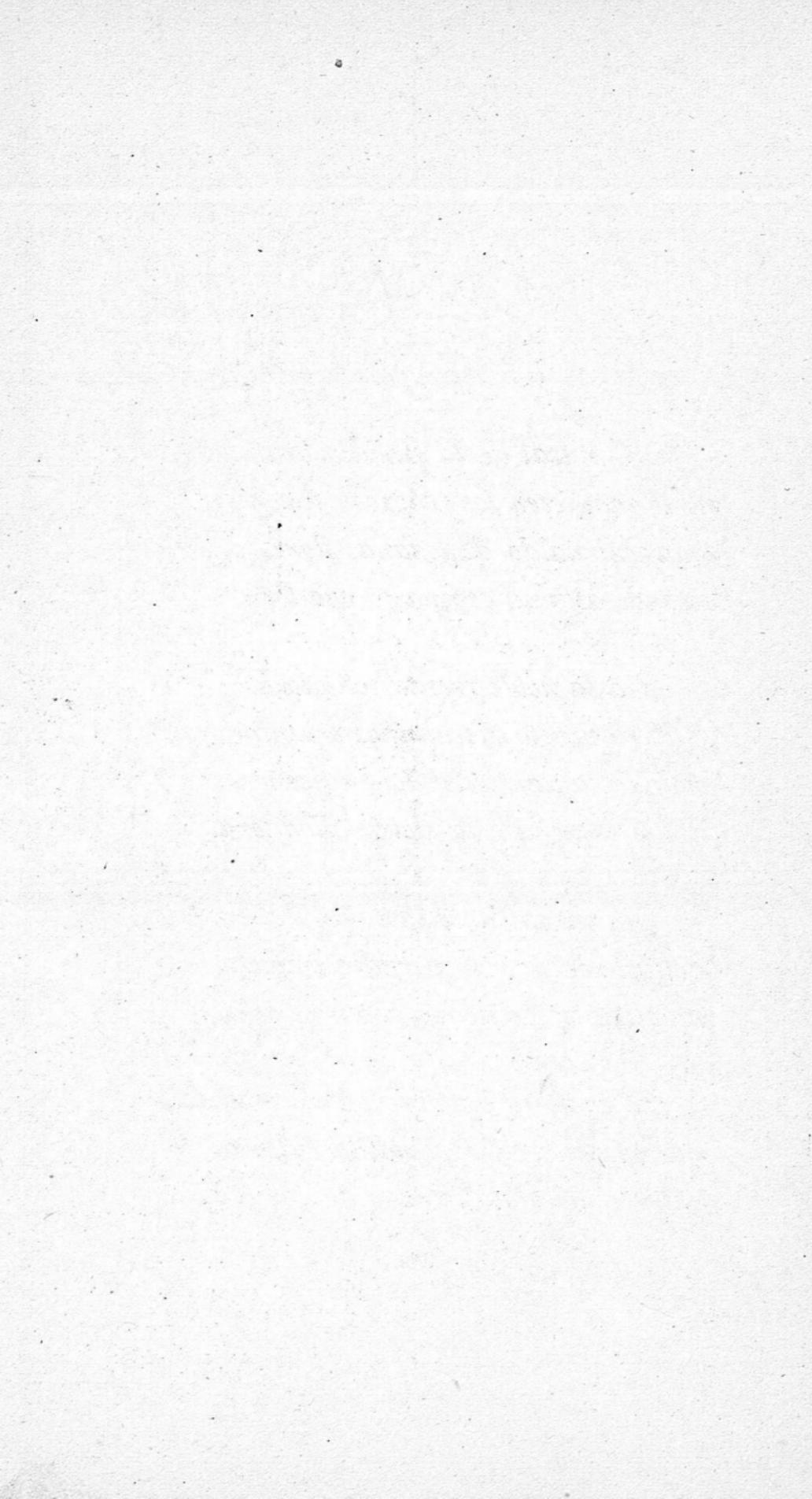
CARTA AUTÓGRAFA

DE

D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE



DEDICATORIA



Á MI MUSA

*¡Oh, musa! de la envidia bramadora
no te inquieten los trágicos furores:
toda guirnalda de lozanas flores
esconde alguna espina punzadora.*

*Alza la noble frente soñadora
y da al viento tus himnos triunfadores:
cuando cantan los dulces ruiseñores
nadie escucha á la sierpe silbadora.*

*¡Oh, musa! ante la saña y el embate
del vil rencor y la perfidia impura,
no pliegues triste las potentes alas.*

*¡Sé como la bandera en el combate,
que ríe al sol y espléndida fulgura
entre el horrible estrago de las balas!*



LA VIDA INQUIETA

Á UN POETA

TOMA el sonoro bandolín ceñido
de pámpanos y flores perfumadas;
toma el brillante bandolín sonoro,
y la hermosura y los placeres canta.

Canta con entusiasmo los amores,
el cielo azul, las verdes enramadas,
las caricias, los ojos centellantes,
las béticas alegres serenatas.

Canta los esplendores de la vida,
la primavera fúlgida y lozana,
los tersos lagos, las fragantes rosas,
el sol de fuego y las estrellas pálidas.

Canta las relucientes cabelleras,
los senos de alabastro, la inflamada
risa que bulle entre los labios rojos,
como abeja entre pétalos de grana.

Canta el lujo oriental, los frescos lirios,
los collares de perlas, las escalas
de seda y oro, la radiante gloria,
las tibias noches de zafir y plata.

¡Canta todos los plácidos idilios!
 ¡Canta todos los besos de tu amada!
 ¡Canta todas las dulces armonías!
 ¡Canta, vate feliz, todas las llamas!

Que ¿por qué los deleites y venturas,
 no canto yo, como en la edad pasada?
 Porque el negro pesar con mano fiera
 hundió en mi pecho su punzante daga.

Ya no cojo encendidas amapolas,
 de la ilusión en la pradera mágica;
 seca la fuente está de mi alegría
 y mudo el ruiseñor de mi esperanza.

Del coro de las musas juveniles
 no escucho ya las melodiosas flautas;
 y las aves, las olas y los vientos,
 gritan desesperados en mi alma.

Y en la alta noche, en las febriles horas
en que el insomnio mi cabeza abrasa,
rumor de alas crujientes y gemidos
resuenan pavorosos en mi estancia.

Es que los genios lúgubres, los vates
en cuyos cantos el dolor estalla,
á visitarme vienen. Y en las sombras,
de resplandor vestidos, se destacan.

Dante, el viejo león de la poesía,
el gibelino de facciones trágicas,
aparece el primero. Luego surge
Shakespeare, de luz la frente coronada.

Y les siguen el tierno Garcilaso;
el ciego y noble Milton; la bizarra
sombra del Lord sublime; el gran Leopardi
con el buitre clavado en las entrañas.

Pouchkine, rasgado el pecho, y en la herida
la sierpe de los celos enroscada;
Heine, el sarcasmo en la risueña boca
y en el doliente corazón las lágrimas.

Alfredo de Musset, rota en la mano
la copa de los goces; la romántica
figura de Espronceda, y el siniestro
Baudelaire con su tétrica mirada.

Todos á mí se acercan, y á mi oído
algo terrible y lastimero cantan;
algo que impone al ánimo valiente
y ayes de angustia al corazón arranca.

¿Qué cantos misteriosos y fatídicos
murmuran en la noche esos fantasmas?...
Lo ignoro; sólo sé que está más triste
y amarilla mi faz, por la mañana.

Y cuando mis estrofas palpitantes
por la atmósfera azul tienden sus alas,
cual voladores pájaros heridos
gotas de sangre á los espacios lanzan.

1884.

LA PERLA

Contemplaban tus ojos centellantes
la palma de cristal, la linfa pura
del surtidor que vierte en la espesura
su polvo de zafiros y diamantes;

cuando enferma, con pasos vacilantes
se acercó una mujer todo tristura,
y te pidió limosna con dulzura,
fijando en tí miradas suplicantes.

La perla que en tu mano refulgía
diste á aquella mujer pobre y doliente,
que se alejó llorando de alegría.

Yo, entonces, conmovido y reverente,
no te besé en los labios, cual solía,
¡sino en la noble y luminosa frente!

Septiembre 1894.

UN DESAFÍO

Es la mañana: el céfiro sonante
las relucientes frondas estremece.
El sol de Abril, magnífico y triunfante,
en cielo de zafiro resplandece.

El fragor del torrente y la cascada,
las risas del arroyo cristalino,
de las aves la música perlada
forman de amor un cántico divino.

Todo dice: «La vida es un poema
de luz, placer, belleza y armonía.
¡Amar, vivir, gozar... dicha suprema
en tan hermoso y rutilante día!»

Mas, escondidos en el bosque, esgrimen
la venganza y el odio dos espadas
que crujen, chocan, brillan y se oprimen,
como rivales sierpes irritadas.

De pronto un ¡ay! desgarrador, que llena
el pecho de ansiedad, de espanto y frío,
cruza la limpia atmósfera serena,
como siniestro pájaro sombrío.

Y exclamo con el alma dolorida:
«¡Aves, luciente sol, campo de flores,
cascada, cielo azul, mentís! La vida
es horrible tragedia entre esplendores.»

1892.

EN MAYO

¡Ven al prado de lirios y claveles,
mi bello y dulce bien! El campo llena
de perfumes la atmósfera serena
y el mes de Mayo irradia en los verjeles.

¡Ven! Entre los rosales y laureles
flauta invisible melodiosa suena.
¡Ven! Que en la orilla del Jenil amena
el amor es panal de ricas mieles.

¡Ven, mi ilusión! Las auras su frescura
nos ofrecen; las aves su armonía,
y recóndito nido la espesura.

¡Mas no, no vengas, adorada mía:
que el inmenso raudal de mi amargura
tu corazón feliz destrozaría!

Mayo 1893.

BYRON EN LA BACANAL

A Agustín Fernando Laserna.

Es la alta noche. La ciudad fantástica,
con sus torres y alcázares labrados,
cual florentinas joyas, duerme envuelta
en la más densa oscuridad. Tan sólo
fulgura en las tinieblas de la noche,
como alegre sonrisa de una hermosa
al través de tupido y negro velo,
una góndola azul, iluminada
con antorchas y globos de colores.

En el esquife suenan voces, risas
y canciones de amor. La pintoresca
góndola es el magnífico teatro
de loca bacanal. Sueño parece,
fruto de la dorada fantasía
de un poeta oriental, la deslumbrante
fiesta que ríe en las calladas ondas.
Bajo un dosel de púrpura y de oro,
y en torno de una mesa coronada
de resplandores y fragantes rosas,
seis regias hermosuras de luciente
cabellera estrellada de diamantes,
y otros tantos mancebos bulliciosos,
celebran un festín en el esquife.
Sobre la falda de crujiente seda
de una rubia beldad de ojos azules,
que recuerda á la blanca Fornarina,
gallardo joven tiene reclinada
la cabeza gentil.

—¡Que hable el poeta!

¡Que entone el lord una canción de amores!—
gritan las diosas de la fiesta báquica.
É irguiéndose de pronto aquel mancebo

de ojos radiantes y cabeza olímpica,
y tomando una copa fabricada
con un cráneo montado en oro y perlas,
así exclama con voz clara y vibrante:
—Como el rey Jorge IV, que vivía
entregado á las fiestas licenciosas,
y olvidando, entre impúdicas hermosas,
la oculta pena que su pecho hería,
así mi corazón vivir ansía.

¡Dadme vino; ceñid mi sien de rosas,
y acariciadme tiernas y amorosas,
estrellas fulgurantes de la orgía!
¡Así quiero vivir! ¡Y cuando muera,
fabricad mi ataúd con la madera
de vuestro dulce bandolín sonoro;
y colocad sobre mi cuerpo helado
un sudario magnífico, formado
con vuestros chales de brocado y oro!—

Mientras los comensales aplaudían
este erótico canto, el lord sublime,
apurando febril hasta las heces
el áureo vino en la siniestra copa,

desplomóse embriagado sobre el suelo.
¡Rodando su corona de poeta,
su corona de estrellas inmortales,
á los pies de infamadas meretrices!

1885.

LA GOTA DE SANGRE



Sentados en la gótica ventana
estábamos tú y yo, mi antigua amante:
tú, de hermosura y de placer, radiante;
yo, absorto en tu belleza soberana,

Al ver tu fresca juventud lozana,
una abeja lasciva y susurrante
clavó su oculto dardo penetrante
en tu seno gentil de nieve y grana.

Viva gota de sangre transparente
sobre tu piel rosada y hechicera
brilló como un rubí resplandeciente.

Mi ansioso labio en la pequeña herida
estampé con afán... ¡Nunca lo hiciera;
que aquella gota envenenó mi vida!

1894.

LA LEGIÓN SAGRADA



Á Carlos Ossorio Gallardo.

I

Espléndida legión de paladines
cruza por la ancha vía;
resuenan en los aires sus clarines
con mágica armonía.

Alados son sus ágiles corceles
de crines desatadas;
bajo lluvia de flores y laureles
relumbran sus espadas.

A la lid va el ejército brillante
con noble gentileza,
luciendo esta divisa fulgurante:
«Idéal y belleza.»

II

Libraron cien combates ardorosos
los paladines bravos
con fieros enemigos numerosos,
de la ignorancia esclavos.

La sagrada legión su fe indomable
mostró en la lucha airada,
siendo por su contrario formidable
al cabo derrotada.

Vencidos, los gallardos paladines
vuelven por la ancha vía.
¡Mas siguen resonando sus clarines
con mágica armonía!

1891.

Á UNA HERMOSA

Mujer de negros ojos centellantes,
si quieres disipar la helada bruma
de la tristeza que mi frente abruma,
ahógame en tus caricias delirantes.

Yo joyas te daré, galas brillantes,
encajes vaporosos cual la espuma,
blancas palomas de rizada pluma
y cuello guarnecido de diamantes.

Que no quieres—me dices cariñosa—
joyas ni encajes, ni opulentas galas;
y el corazón me pides con anhelo.

¡Mi amante corazón es de una diosa
de ojos de luz y refulgentes alas,
que Augusta mora en la mansión del cielo!

DESDE LA CORTE

A José Contreras.

En la gran capital, sepulcro inmenso
de césped y de flores revestido;
selva intrincada cuya regia pompa
y espléndido follaje oculta sierpes,
terribles hienas y rabiosos tigres;

en la gran capital bella y culpada,
tu epístola recibo, rayo de oro
que viene á iluminar la obscura noche
de mi doliente corazón.—Tu carta,
llena de los reflejos y perfumes
de esa dichosa tierra en que nacimos,
llega á mis manos en las horas tristes
de cansancio y angustia y desaliento;
horas de maldición por tí ignoradas,
cuanto por mí sufridas.

¿Quién, osado,
mintió que la amistad nunca ha existido?
¿Quién niega ese consuelo de la vida,
cristalino raudal, fresco y sonoro,
en el desierto abrasador?—Sí; existe
la amistad generosa. Yo lo afirmo.
¡Yo que en el vil comercio de los hombres,
Yagos he conocido más siniestros
que el gran traidor del pavoroso drama!
¡Yo que en el mundo infame he cosechado
ingraticudes tantas como arenas
y olas tiene la mar! Sí; yo lo fío:

·existe la amistad pura y sublime.

De igual modo que hay áspides y rosas,
ruiseñores y cuervos, noche y día,
hay amigos honrados y falaces.

Tú eres de los primeros, alma noble:
tú, que en la adversidad rígida y fiera
como en los áureos tiempos, siempre has sido
dulce, franco, leal y cariñoso.

¡Salud, corazón fiel, salud mil veces!

Gracias, mi amigo. Acabo la lectura
de tu inspirada epístola halagüeña,
y ábrese ante mis ojos deslumbrados
la puerta de marfil de los ensueños.
Al conjuro feliz de tu elocuencia,
cual hermosa visión de azul y plata,
álzase nuestro pueblo delicioso
del fondo de mi espíritu exaltado.
El Jenil con sus ondas de zafiro;
las casas, que semejan palomares;
el fértil ruedo; las floridas rejas
donde anida el amor; los frescos patios
con sus fuentes de mármol bullidoras;

las huertas con sus frutos y sus aves,
y la torre gentil del blanco templo,
cuya amarilla cúspide flamea
al sol, como pirámide de oro...
todo, animado, cruza ante mi vista.
¡Pueblo fascinador, villa adorada,
con qué placer tan íntimo recuerdo
aquellas breves noches de verano,
en que á la verde orilla de tu río
poblado de rumores y de estrellas,
y al compás de los trinos melodiosos
del ruiseñor, nacieron mis amores!
¿Cómo olvidar tus giras y verbenas
—ornadas de mujeres seductoras—
donde el vino dorado resplandece
en las negras pupilas y en los cantos
de la lozana juventud gozosa?
¿Cómo no recordar tus procesiones
llenas de los matices del Oriente,
con sus alegres músicas profanas,
sus lujosas banderas, sus *romanos*
de oro y seda vestidos, sus piadosos
vivas atronadores, sus saetas

rebosando tristura, y sus efigies
—aunque mal esculpidas, bien amadas,—
entre las cuales con fulgor de aurora,
se destaca el divino Nazareno,
cuyas tiernas miradas celestiales
á los áridos ojos llanto arrancan
y al hombre más incrédulo conmueven!...
¡Oh, pueblo, donde ví la luz primera,
patria del sol, del vino y de las rosas!
¡Oh, cielo azul! ¡Oh, rústicos paisajes,
encanto de la ardiente fantasía!...

Todos esos deleites y dulzuras,
la amable paz, los hábitos sencillos
de una vida sin odios ni combates,
á abandonar, mi amigo, te decides
por este mar airado y tenebroso.
¡Ay! así me lo anuncias, y suplicas
te pinte el cuadro que Madrid presenta.
—Siempre amé la verdad, y, pues lo quieres,
te narraré con expresión amarga
mis impresiones tétricas del día,
sobre este centro, donde todo es grande,
excepto la virtud.

Madrid sonrío,
ceñido el cuerpo de preciosas galas
y bañada la faz en resplandores,
como una bella ruborosa virgen
que á desposarse va.—Yo su locura
conozco y su perfidia y su impudencia;
pero en las de sus mágicos hechizos
doradas redes caigo prisionero.
Y ¡cómo no! si su hermosura irradia
con cegadora luz y ostenta el cetro
del arte, la política, la ciencia,
el lujo y el placer?...—Madrid sonrío
en las serenas azuladas tardes
de la estación feliz.—Arrebatado
por tantos esplendores y atractivos,
salíme ayer á disfrutar los goces
que en rutilante copa nos ofrece
la tentadora capital.—Las calles
á la lumbre del sol resplandecían;
y alegre, inmenso, bullidor gentío
por ellas avanzaba presuroso,
en una misma dirección.

—¿A dónde
—me pregunté—de júbilo va henchida
esta ruidosa y varia muchedumbre?
¿A celebrar acaso algún suceso,
magnífico blasón de nuestra historia?
¿A coronar la frente de algún sabio
insigne ó de un artista esclarecido?
¿A recibir tal vez á algún guerrero,
que á la patria salvó de extraño yugo?
—No; esa gran multitud iba ¡á los toros!
como en la negra edad abominable
que marcó con el rayo de su ira
el ínclito y valiente Jovellanos.

Huyendo de tan tristes reflexiones,
por remontar el ánimo á la altura,
entré en el Parlamento.—¡El Parlamento!...
¿Quién no soñó con él? ¿Quién desde el fondo
de su provincia, no entrevió esa cumbre
de truenos y centellas coronada?
¿Quién el radiante verbo y la elocuencia
no admiró de las glorias tribunicias,
como un clarín sonoras y brillantes
como el cristal y el oro? ¿Quién no ha ansiado

ser adalid ó espectador siquiera
de esas grandes batallas que se libran
en la candente arena del Congreso?...

A uno de esos combates encendidos
asistí ayer; mas lejos de elevarse
mi espíritu en el templo de las leyes,
se abatió más y más para mi daño:
que al ver tanta ambición, miseria tanta,
tanta pasión innoble revestida
de solemnes palabras fulgurantes,
muchos de aquellos bravos paladines
me parecieron héroes de teatro
con espadas, arneses y cimeras
de luciente cartón.

Grave y sombrío,
solaz buscando y dulce esparcimiento,
me refugié en el templo de Talía;
mas ¡qué espantosa decepción!... Las musas,
las generosas musas inmortales
de Calderón, de Lope, de Moreto,
de Ayala y de Tamayo—las que un día,
de mirto y de laurel la frente orlada,

llenaron nuestra escena con las voces
de sus liras de oro—esas deidades
que al sacro nombre de la patria han dado
fama eternal y el universo adora,
arrojadas han sido del proscenio
por el coro de impúdicas bacantes,
cuya canción obscena y loca risa
¡el pueblo imbécil, delirante aclama!
Cubierto de rubor y en ira ardiendo
salí del espectáculo; y, ansioso
de encontrar algo ameno y deleitable
al alma por la angustia combatida,
fui á un espléndido baile del gran mundo.

Los salones, poblados de hermosuras
cual los brillantes lienzos del Ticiano,
torrentes de vivísimos fulgores
y ritmos y fragancias despedían.
Todo era animación, placer y lujo
en aquella morada suntuosa,
donde sus cascabeles resonantes
la Locura agitaba. A las cadencias
de músicas lascivas, como abrazo

de meretriz, y más embriagadoras
que el néctar de Falerno, en torbellino
luminoso de blondas, seda y flores,
cien bellezas pasaban con los hombros
y la espalda desnudos, la sonrisa
de la pasión en la entreabierta boca
y á las torpes miradas ofrecido,
el seno de azucenas, mal velado.
Todas eran casadas; mas ¡ninguna
bailaba con su esposo!... El adulterio,
triunfador y satánico, reía;
reía... y sus siniestras carcajadas
mezclábanse á las músicas ligeras,
cuyas notas sonaban en mi oído
como ayes lastimeros, maldiciones,
cantos de bacanal, besos impuros
y roncós estampidos de pistolas.

Cuando salí del baile amanecía.
¡Qué alboradas tan lúgubres aquellas
que siguen á las fiestas y placeres!...
Todo era soledad, silencio y frío,
en la dormida capital. La lluvia

con plañidera voz, tenaz cayendo,
llorar por los pecados parecía
de la noche pasada.—Sobre el fango
ví derribada á una mujer, el traje
desceñido y vistoso. Era una joven
—casi una niña.—blanca como un nardo
y rubia cual las mieses. En su rostro
delicado, infantil, pero marchito
por el amor culpable, los licores
sus ósculos de púrpura estamparon;
y su resplandeciente cabellera,
en hilos esparcida, semejaba
arpa deslumbradora sobre el cieno.
Contemplando desdicha tan horrenda,
sentí anegarse en lágrimas mis ojos,
y en la Corte pensé, lúbrica diosa
en el obscuro légamo caída.

Ya conoces, amigo, los encantos
que te ofrece Madrid, no sus torturas.
¿A qué hablar de los trágicos dolores,
la cólera sangrienta y el estrago
de la tremenda lid que aquí se libra

para escalar la suspirada cumbre?...
Pero ¡ah! tienes razón, mi fiel amigo:
si recio y pavoroso es el combate,
más funesta cien veces y temible
es la inacción: las aguas estancadas
la muerte encierran en sus turbias ondas;
¡mas el agua corriente canta y brilla
y hace brotar los frutos y las flores!
Tienes razón, espíritu animoso;
vivir es batallar. ¡Ven, pues, y lucha!
Te saldrán al encuentro la ignorancia,
el odio ruín, la ponzoñosa envidia
y la burla menguada. ¡Qué te importa!
Presenta á las pasiones miserables
la poderosa llama de tu mente
y el escudo de bronce del desprecio.
¡Ven, pues, á combatir, y ojalá venzas!
¡Ojalá, noble amigo, que la fama
tu genio aclame en no remoto día,
y que el buril de fuego de la Historia
grave tu nombre en la corteza dura
del árbol gigantesco de la gloria!

EL CARNAVAL DE VENEZIA

Bacanales, sonoras mandolinas,
fantásticas y alegres mascaradas;
las góndolas, de antorchas coronadas,
meciéndose en las aguas cristalinas;

rubias sirenas, pálidas ondinas
de hermosa faz y eléctricas miradas,
citas de amor, terribles emboscadas,
olas de fuego y músicas divinas;

palacios esplendentes, noches bellas,
lujo oriental, el combatir violento
de espadas al fulgor de las estrellas;

bailes, fiestas, celosos corazones...
y la lira de Byron dando al viento
satánicas y lúgubres canciones!

BOCETO



Á José Maria Alcalde.

La náyade sagrada de la fuente,
entre gemidos y sollozos, canta
una historia de trágicos amores,
bajo las ondas de zafir y plata.

Es una noche del risueño estío;
noche feliz, serena y perfumada.
Como el redondo seno de una virgen
brilla la luna blanca.

En medio del jardín esplendoroso,
sobre la fresca alfombra de esmeralda,
un hombre yace, atravesado el pecho
por fieras estocadas.

Vese á sus pies un bandolín quebrado;
las estrellas de luz su rostro bañan,
y las flores, movidas por el céfiro,
besan su frente pálida.

Todo es misterio y paz; sólo resuena
en el silencio de la noche plácida
una doliente voz de arpa de oro
que se deshace en lágrimas.

Es la náyade triste de la fuente
que, entre gemidos y sollozos, canta
una historia de trágicos amores,
bajo las ondas de zafir y plata.

1890.



LA ETERNA MASCARADA

¡Todo es disfraz! Bajo una frente hermosa
descubro un pensamiento pervertido:
allá contemplo un sér empedernido
con tristes ojos y la voz llorosa.

Aquí la corrupción con faz de diosa;
y allá, en risueño y apartado nido
de amores, el rencor vela escondido,
cual víbora en el cáliz de una rosa.

¡Todo es disfraz! Con cara placentera
y en el labio la alegre carcajada
la horrorosa perfidia nos espera.

¡Tuvo siempre el cobarde audaz mirada!
¡Piel sedosa y brillante la pantera!
¡Y resplandores la traidora espada!

1883.

LA DIOSA DE LA ALHAMBRA

(Á PROPÓSITO DE LA CORONACIÓN DE ZORRILLA)

A Fernanflor.

La mañana está llena de alegría,
de pájaros y rosas,
de perfumes, violetas, mariposas,
olas de lumbre y rústica armonía.

Feliz la primavera resplandece
bajo el cielo dorado:
el agua ríe, el campo reverdece,
canta el céfiro alado;
quiebra el arroyo su onda cristalina;
ciñe el verjel su espléndida guirnalda;
el sol besa el paisaje y lo ilumina,
y, en plena luz, la alegre golondrina
lanza vivos reflejos de esmeralda.

Todo en esta mañana rutilante
es venturoso y plácido. Las flores,
las cascadas, el cielo centellante,
el insecto, la cumbre, la llanura,
floresta, lago azul, valle, espesura,
brisas, arroyos, frondas, ruiseñores...
todo, todo murmura
la sublime canción de los amores.

Irisado de esmaltes y esplendores,
se alza el árabe alcázar, el lujoso
palacio del placer y los festines,
cincelado, gentil, maravilloso,
entre cármenes, bosques y jardines.

El arte y la feraz naturaleza

en retiro tan bello y deleitoso,
muestran todo su encanto y poesía,
su gracia y majestad, pompa y grandeza,
á la luz cegadora de este día.

Asombro son aquí de las miradas
las columnas en pórvido labradas;
las cúpulas de estaño brilladoras;
las moriscas arcadas
de azul, púrpura y oro recamadas,
reflejándose en fuentes bullidoras.

Allí, bajo los árboles frondosos
que hiere el sol con flechas de diamante,
arpas atronadoras
son los roncós torrentes espumosos;
bruñido espejo el lago fulgurante,
y la enramada, pródiga en colores,
imperio de las aves y las flores.

Sobre el mullido césped de amaranto
ostenta el pavo real su hermoso manto
bordado de zafiros y rubíes;
vuela de rama en rama
el jilguero de plumas carmesíes;
cruza el aire el pinzón como una llama;

la abubilla despide entre las frondas
magnífico destello,
y el blanco cisne, de arrogante cuello,
surca solemne las tranquilas ondas.

Flora, como los pájaros sus alas,
extiende allí sus opulentas galas.
Abre la rosa fresca y encendida
sus rojos labios en el bosque umbrío;
la azucena, cargada de rocío,
copa semeja de licor henchida;
yérguese esbelto el girasol bravío
con su regia aureola;
luce el jazmín su cáliz nacarado,
sus pétalos de fuego la amapola
y el tulipán sus hojas de brocado;
la sensitiva irradia y se estremece;
el nardo joya de marfil parece;
del copudo granado,
tendida entre las flores de escarlata,
la tela de la araña resplandece
como una red de plata;
flota al aire la obscura enredadera,
como rota bandera;

da el jacinto sus áureos tornasoles;
la magnolia triunfante
todo es color, pujanza y lozanía;
muestra el lirio fragante
su túnica de raso y pedrería,
y entre el césped fulgura la violeta,
como pupila inquieta
al través de una verde celosía.

Pero ¡Alhambra! tu flor más olorosa,
más pura y delicada,
tu pájaro de pluma más vistosa
y voz más regalada,
tu gloria insigne, tu mejor tesoro
es la augusta beldad, la casta diosa
que en las nítidas manos de jazmines
lleva una lira de oro
y vaga por tus bosques y jardines.

Vedla en esta mañana deliciosa,
la rubia cabellera desatada
y en vivo resplandor la faz bañada.
Su redonda garganta alabastrina
tiene el lánguido y dulce movimiento
de la enarcada azul ola marina,

que levanta y deprime el raudo viento.
Su figura hechicera,
envuelta en blanca túnica de encaje,
deja, al cruzar ligera,
relámpagos de nieve entre el follaje.

Vedla deslumbradora,
coronada de rayos la alta frente,
siguiendo el curso de ondulosa fuente
de linfa de zafir y voz sonora.
De sus celestes ojos soñadores
una lágrima rueda diamantina,
que arrastra la corriente cristalina
llena de sol y pétalos de flores.
Y dominando cantos y rumores,
del plectro arranca una canción divina,
á cuyos dulces ecos inmortales
del palacio oriental, de los raudales,
del tronco de los árboles ingentes,
de los bosques, florestas y torrentes,
salen ondinas, silfos y nayadas
de ojos reverberantes como estrellas;
odalisca de eléctricas miradas;
paladines, ceñida la armadura

que despide centellas;
pajes, reinas de mágica hermosura,
dueñas con negros mantos, escuderos,
astrólogos, monarcas, embozados,
guerreros, monjas bellas,
heraldos, caballeros
con chambergo y tizona, enmascarados,
trovadores, sultanas
vestidas de tisú, seda y bordados;
moros, fascinadoras castellanas,
hosteleros, soldados
de los tercios de Flandes; infanzones,
ministriles, deidades africanas,
duendes, gnomos, juglares y bufones.

¡Vedlos pasar! Al frente
de la legión fantástica figura
galán altivo de ademán valiente,
de seductora faz, pupila ardiente
y bizarra apostura.

Ostenta primorosa vestidura
á la usanza gentil de Carlos Quinto;
lleva pluma en la toca, y en el cinto
larga espada de rica empuñadura.

¡Vedlos pasar! Detiéndense delante
de la diosa del plectro resonante:
una corona de laurel le ofrecen
y cual visión fugaz, desaparecen.
¿Sabéis quién es el hada
que llena el ancho espacio de armonía?
Es la musa radiante
del cantor de Toledo y de Granada;
y la legión errante,
los héroes que engendró su fantasía:
soberbias, poderosas creaciones
que poblarán ¡oh, Alhambra! tus salones,
tus claras fuentes, tu enramada umbría
y tus viejos moriscos torreones,
mientras haya en la tierra poesía
y en los pechos amantes corazones!

Junio 89.

LAS ALMAS TRISTES

—

Yo amo las tristes almas dolorosas
que la intensa amargura han devorado:
el valle por la lava calcinado,
dá ricas vides y fragantes rosas.

¡Lejos de mí las risas bulliciosas!
¡Lejos de mí el placer emponzoñado!
Yo amé siempre el dolor, raudal sagrado
de purísimas lágrimas hermosas.

Triste es todo lo grande, noble y fuerte:
el libro de la Historia, los profetas,
los abismos, los templos seculares.

Tétrico es el amor como la muerte;
lúgubre el corazón de los poetas
y amargos son los dilatados mares.

13 Mayo 93.

EL CAMPANARIO DE MI ALDEA

—

I

En las felices horas
de la niñez serena
cuando se encuentra el alma
en nube azul envuelta,
y sobre nuestra frente
la aurora centellea,

recuerdo que mis glorias,
mis dichas más supremas,
no eran buscar los nidos
en la frondosa selva,
ni arrebatarse el fruto
dorado á la arboleda,
ni disparar al pájaro
la voladora flecha.
No; todos mis placeres
y mis encantos eran
tocar la alegre esquila
del blanco campanario de mi aldea.

II

Cuando la dulce esquila
en su prisión de piedra
daba al callado viento
sus notas placenteras,
como en su jaula el ave
entona sus endechas,
todo mi ser vibraba

cual melodiosa cuerda;
poblábase mi mente
de imágenes risueñas,
y el alma, de entusiasmo
y de delicias llena,
hermosa fulguraba
como radiante estrella.
La voz de aquella esquila
fué mi primer poema,
y el arpa de mi infancia
el blanco campanario de mi aldea.

III

Hoy que del alma mía
la hermosa fe se aleja,
cual huyen de la rota
cítara las cadencias;
hoy que en mi triste pecho
el huracán arrecia
los dioses derribando
de mi niñez serena;

hoy que es mi agosto templo
la catedral excelsa
del arte, y que es mi vida
batalla gigantea;
hoy que las tempestades
sobre mi frente truenan,
en mis amargas horas
de dudas y tristezas
¡con cuánto amor recuerdo
el blanco campanario de mi aldea!

1882.

LA OPINIÓN

—
Soy la opinión, tu esclava y tu tirana

A. RÍOS Y ROSAS

¿Quién no amó alguna vez á esa bacante
de ardientes ojos y de boca impura?

¿Quién no admira su espléndida hermosura?

¿Quién no buscó su seno palpitante?

¿Quién en su beso erótico y vibrante
no oyó sublime canto de ventura,
y el frenesí no siente y la locura
al recibir su abrazo delirante?...
4

¡Feliz el varón fuerte, el alma altiva
que huye de la sirena engañadora
y sus halagos pérfidos esquiva:

que es la opinión la llama abrasadora
que acariciando fúlgida y lasciva
al tronco, lo abrillanta... y lo devora!

1894.

ÚLTIMA PRIMAVERA DEL POETA

A José J. Hervero.

Coronado de lirios y esplendores,
mayo aparece tibio y perfumado;
y ¡ay! en la dura cruz de los dolores
el lírico alemán yace enclavado.

El que trocó las gotas de rocío
en lágrimas y en fúlgidos diamantes,
en fantástico mundo el mar bravío
y las rosas en senos palpitantes;

el autor de la *nueva primavera*;
el que vida y lenguaje dió á las flores,
ninfas á la enramada y la pradera
y en su pecho anidó á los ruiseñores,

hoy cierra, airado, los dolientes ojos.
para no ver el sol áureo y triunfante,
y maldice con lúgubres enojos
la primavera nítida y fragante.

¡La primavera!... Dulce y luminosa
palabra que, en su ardiente fantasía,
hace vibrar la mágica poesía
de su risueña juventud hermosa!

¡La primavera!... La estación lozana
que el cuadro iluminado de fulgores
despliega por su mente soberana,
de su dicha fugaz y sus amores!

Y sueña el triste en los remotos días
de alegre cielo y de ilusiones bellas,
en que entonaba cantos y armonías
su musa coronada de centellas.

Ora vése bogando entre las olas,
en las azules noches estrelladas,
y oyendo las mentidas barcarolas
que cantan las sirenas y nayadas;

ya recorriendo el bosque misterioso;
ora surcando el lago de cristales;
ya cantando un idilio venturoso
al pie de los laureles y rosales.

Entonces surgen, en su mente inquieta,
sus amadas de rostro alabastrino,
rubios cabellos y ojos de violeta
y blanca veste de flotante lino.

Y al comparar delicias y esplendores
de aquel plácido tiempo sonrosado
con los presentes trágicos dolores,
llora su corazón desesperado.

Y el vate cierra los cansados ojos
para no ver el sol áureo y triunfante,
y maldice con lúgubres enojos
la primavera nítida y fragante.

Mientras responde mayo, sonriente,
á su inmortal poeta con un coro
de arpados ruiseñores, y en su frente
coloca el sol una diadema de oro.

EN LA FLORESTA

Fuera del mundo y de su pompa vana
seré feliz—me dije cierto día—:
el verde bosque y la floresta umbría
libres están de la miseria humana.

Al campo vine; la estación lozana
me brinda sus deleites y poesía,
y raudales de lumbre y armonía
vierte sobre los prados la mañana.

Mas ¡ay! lejos de hallar el bien ansiado,
se avivan los tormentos y dolores
de mi sensible espíritu angustiado;

¡que en estos valles de olorosas flores
vaga siempre el fantasma desolado
de mis muertos, idílicos amores!

16 mayo 93.

Á ANTONIO AGUILAR Y CANO

CON MOTIVO DE LA MUERTE DE SU HIJO

¡Ven á mis brazos, cariñoso amigo!
Sólo los corazones desgarrados
por los tormentos de la horrible vida
saben lo que es dolor; sólo en las almas

grandes y tristes hallará consuelo
tu desesperación. ¡Ven á mis brazos,
y el raudal de tus lágrimas sangrientas
se mezclará al torrente de las mías!
Sí, yo he rodado, como tú, del cielo
al espantoso abismo: la campana
del funeral de mi adorada esposa,
¡por mí también, por mí doblaba á muerto!
Yo he sentido, cual tú, las garras fieras
de un buitre destrozando mis entrañas,
mientras la recia tempestad rompía
furiosa mi cerebro, y la blasfemia
brutal y atronadora como un tiro,
en mis trémulos labios estallaba!
Sí, yo he vertido lágrimas á mares,
y tengo, como tú, llagado el pecho;
y he visto negro el sol, negras las rosas,
y á un mismo tiempo he orado y maldecido!
Y ¡cómo no! si el ángel de mis sueños,
la dorada ilusión de mis amores,
el astro de mi gloria... todo fuéme,
como á tí, por el cielo arrebatado!
¡El cielo!... No es posible que se esconda

bajo su faz azul, tanta negrura!
¡No, no es posible que el sagrado cielo
hiera la frente cándida de un niño,
y corte la existencia inmaculada
de una esposa feliz y tierna madre,
mientras respetan sus mortales rayos
abominables seres, pechos viles
y corazones de serpientes nidos!
...Pero estoy delirando. Sí, es el cielo;
es el cielo benigno el que arrebató
de la vida infernal las almas bellas.
¿Sabes por qué los astros relucían
con esplendores mágicos, la noche
en que expiró tu idolatrado hijo?
¿Sabes por qué sus galas y perfumes
las flores esa noche prodigaban,
y eran más seductoras las endechas
del ruiseñor y el céfiro más blando?
¿Sabes por qué las rosas y los lirios
del triste cementerio en esa noche,
palpitaban de amor al dulce beso
de las enamoradas mariposas?
¿Sabes por qué la rutilante luna

bañaba en luz de plata el campo-santo,
y de las tumbas lúgubres surgían
músicas regaladas y canciones?...
Porque tu angelical hijo adorado
iba á morar en la mansión eterna,
y su divino espíritu radiante
piadoso el alto cielo nos robaba.
¡Oh, piadoso mil veces, sí, piadoso!
¡Feliz quien muere niño, y no conoce
la espantosa miseria de la vida!
¿Qué mayor bien á un alma fresca y virgen,
como la de un querube, puede el cielo
dispensar que librarla del naufragio
de las fascinadoras ilusiones,
de la fe, de la dicha y la esperanza!
¿Qué más grande supremo beneficio
que salir para siempre ileso y puro
del antro pavoroso de chacales,
de víboras, de tigres y panteras,
que titulamos mundo...?

Pero en vano
alivio busco á tu terrible duelo.
No hay bálsamo que cure las heridas

que nos abrió el destino. Los sollozos
tu garganta estrangulan... ¡Llora, llora...
y reclina la pálida cabeza
sobre este corazón que sufre y ama!

Agosto 93.

LA POESÍA

A Teodoro Llorente.

Como el raudal que corre en la pradera
copia en su espejo pájaros y flores,
la alada mariposa de colores,
el verde arbusto y la radiante esfera;

la sublime poesía reverbera
combates, glorias, risas y dolores,
odio y amor, tinieblas y esplendores,
el cielo, el campo, el mar... ¡la vida entera!

¡Así Homero es la lid; Virgilio, el día;
Esquilo, la tormenta bramadora;
Anacreonte, el vino y la alegría;

Dante; la noche con su negro arcano;
Calderón, el honor; Milton, la aurora;
Shakespeare, el triste corazón humano!

14 mayo 93.

LA ESTATUA

En medio del jardín yérguese altiva
en riquísimo mármol cincelada
la figura de un dios de ojos serenos,
cabeza varonil y formas clásicas.

En el invierno la punzante nieve
y el viento azotan la soberbia estatua;
pero ésta, en su actitud noble y severa,
sigue en el pedestal, augusta, impávida.

En primavera el aureo sol le ofrece
un manto de brocado; las arpadas
aves con sus endechas la saludan;
los árboles le tejen con sus ramas
verde dosel; el cristalino estanque
la refleja en sus ondas azuladas,
y los astros colocan en su frente
una diadema de bruñida plata.

Mas la estatua impasible está en su puesto
sin cambiar la actitud ni la mirada.

¡Así el genio inmortal, dios de la tierra,
siempre blanco de envidias ó alabanzas,
impávido, sereno y arrogante,
sobre las muchedumbres se levanta!

AL JENIL

¿Sabes, claro Jenil, por qué te adoro?
Porque en tiempos felices tu onda pura
cidió encajes de plata á su hermosura,
velando de sus gracias el tesoro.

¡Jenil divino, en tu raudal sonoro
fulguró luminosa su figura
como cisne de espléndida blancura,
cual bella ondina de cabellos de oro!

¡Tuyo es mi corazón, sagrado río:
que en tu florida margen deleitosa
duerme el sueño eternal el amor mío;

y triste compartiendo mil dolores
tu corriente, al besar su helada fosa,
lanza llanto, gemidos y clamores!

1894.

BYRON EN VENECIA

A Arturo Reyes.

Sobre la frágil onda iluminada
por el radiante sol, surca ligera
del bardo inglés la góndola dorada
desplegando á los aires su bandera.

De pie en la popa; la apolina frente
bañada en rayos, la mirada inquieta
tendida por el mar resplandeciente,
boga triunfante el inmortal poeta.

Desde los cincelados miradores
las venecianas vírgenes hermosas
fijan en él sus ojos seductores
y le mandan sonrisas amorosas.

Y sueñan por la noche, enamoradas,
con la canción del bandolín sonoro,
el recio combatir de dos espadas
y el choque alegre de las copas de oro.

LA VISIÓN AMADA

Cuando en la noche pura y silenciosa
por mis mejillas corre el llanto ardiente
y vuela audaz mi arrebatada mente
por la sublime esfera luminosa,

pálida surge con su faz de diosa
en el azul espacio transparente
la blanca musa de ala refulgente
y túnica flotante y vaporosa.

La divina beldad, en raudos giros,
traza envuelta en un nimbo plateado
sobre los aires, brilladora estela.

Viene á mis brazos, bebe mis suspiros:
me da en la frente un ósculo sagrado;
mi lloro enjuga y á los cielos vuela.

21 mayo 93.

AL AUTOR DE «LA MUSA ABANDONADA» (1)

¡Salud, cantor de fuego! tu poesía
ha reanimado la luciente llama
que, ya triste, en mi mente se extinguía,

(1) Hermoso canto que el Sr. Ortega de la Parra dedicó á la musa del autor de este libro.

y despliega el brillante panorama
del tiempo de la luz y de las rosas,
cuyo recuerdo el corazón me inflama.

Horas risueñas, noches deliciosas
consagradas al arte y la locura,
¡ay, cuanto más distantes, más hermosas!

¿No recuerdas la plácida lectura
de Hugo, de Heine, Becquer y Espronceda,
suspendida al pasar una hermosura,

cuya falda gentil de encaje y seda
resonaba tan dulce en nuestro oído
como el murmullo de la brisa leda?

Deslumbradora edad, tiempo querido
en que eran más espléndidas las flores,
más claro el cielo, el sol más encendido,

y en que abrasado el corazón de amores
lleno estaba de alegre melodía
como un nido de arpados ruiseñores.

¿Te acuerdas...? Nuestra ardiente fantasía
por regiones serenas y estrelladas
sus alas poderosas extendía;

y nuestro labio, en rimas inspiradas,
cantaba el arte, la beldad suprema,
la patria y libertad inmaculadas.

Nuestra vida era entonces un poema
de soberbias estrofas centellantes
y de glorioso y levantado lema;

mas ¡ay! las ilusiones delirantes,
la fe, la pasión viva, los albores
de aquellos verdes años rutilantes

huyeron con sus iris y colores
para no volver más. . Y en nuestros pechos
entraron como espadas los dolores.

Aflojáronse entonces los estrechos
vínculos con que el arte nos unía,
y en polvo miserable ví deshechos

los palacios que alzó mi fantasía,
que al recio choque de la horrible pena
perdió su pompa, brillo y lozanía.

Y mi musa calló. Y entré en la arena
parlamentaria, de entusiasmo henchido,
y de noble ambición el alma llena.

Allí por el progreso he combatido,
y en la inflamada lid he relegado
el estro y las canciones al olvido.

Pero hoy, que tú descorres del pasado
el velo de oro, y que tu voz vibrante
lanza á los vientos himno arrebatado,

mi noble musa yérguese triunfante,
y canta al recordar los áureos días
de su dichosa juventud radiante.

Mas ¡ay! que en sus cadencias y armonías
late el clamor, el lúgubre y sonoro
clamor de las solemnes elegías.

Ya no ostenta la púrpura y el oro
mi musa como ayer; negros cendales
viste, y derrama ensangrentado lloro,

ante los pavorosos funerales
de lo bello, lo grande, lo elevado
de todos los sublimes ideales...

.

El paraíso de cristal soñado,
á la firme y potente sacudida
de la ciencia, se ha roto y desplomado.

Y hoy, como débil nave combatida
por fiera tempestad, la raza humana
cruza incierta los mares de la vida.

¿Qué fué de aquella juventud lozana
que llevaba en el pecho el heroísmo,
y en la mente el fulgor de la mañana?

Presa del insaciable escepticismo,
cambió la fe gigante en osadía
y el entusiasmo férvido en cinismo.

En las almas ha muerto la alegría;
de su trono cayó la augusta diosa
de la inmortal, excelsa poésía.

Hasta la ingenua risa generosa
que cantaba el satírico valiente (1),
la risa placentera y bulliciosa,

fresca como raudal de oculta fuente,
la risa juvenil, dulce y perlada,
se ha vuelto impura, trágica y doliente.

Cruje en los aires formidable espada
anunciando la guerra; sus terrores
extiende por doquier la noche helada.

(1) Augusto Barbier.

Trocáronse los himnos en clamores,
y vuela por el mundo, desatado
huracán de perfidias y rencores.

¡Todo ruinoso está, todo infamado!
La verdad en el suelo escarnecida,
el ara rota, el arte profanado.

¿Dónde posar la frente dolorida?
¿En qué corriente plácida y serena
beber la inspiración y hallar la vida?

¿Qué onda reverberante, aun la más llena
de frescura, de luz y de rumores,
traidora, no corrompe y envenena?

¿Quién canta entre rugidos y furores?
¿Cómo volar, cuando en el aire estalla
la tempestad con todos sus horrores?

¿Comprendes ya, comprendes por qué calla
tu pobre amigo? ¿Quién le escucharía
en medio del fragor de la batalla?

No canto, pero adoro la poesía
como en mis tiernos voladores años;
con ciego amor, con loca idolatría:

Que ni angustias ni fieros desengaños
pueden matar pasión tan acendrada,
vencedora de males y de daños.

La adoro, sí, lo mismo cuando airada
por defender la libertad querida
convierte el plectro en vengadora espada,

que cuando clama, en cólera encendida,
al mirar con espanto, horror y pena
á la patria ultrajada y abatida.

La adoro, sí, no sólo cuando truena
como la nube lóbrega y rujiente
de sombras, rayos y furores llena,

sino cuando contempla sonriente
su cuerpo virginal de nieve y rosa
en la linfa de un lago transparente.

Siempre la encuentro espléndida y grandiosa:
arrebatando al pueblo en la tribuna;
vertiendo llanto al borde de la fosa;

cantando, en noche de argentada luna,
un canto melancólico de amores,
al pie de la feliz reja moruna;

maldiciendo á tiranos y traidores,
ó en brazos del deleite adormecida
en blando lecho de olorosas flores;

ya de celeste resplandor vestida,
ya con negros crespones enlutada
ó la armadura bélica ceñida;

lo mismo en el taller que en la enramada;
en la vivienda humilde y venturosa
como en la altiva catedral sagrada;

en la bóveda ingente y luminosa
como en el ancho mar: la poesía
siempre es grande, magnífica y hermosa.

Pero hoy do la prefiere el alma mía
es en el patrio hogar, caliente nido
bañado de fulgores y armonía;

en el hogar seguro y escondido,
severo templo de virtud, distante
de toda pompa y mundanal ruido;

adonde hoy llego triste y anhelante,
en busca del reposo y la dulzura
para el enfermo corazón amante.

.

Sólo aquí la existencia es noble y pura;
aquí alienta la virgen poësia
rica de juventud y de ternura.

¡Aquí, amigo del alma, la sombría
noche que cubre el mundo desaparece
al divino esplendor del claro día
que en la faz de mis hijos resplandece!

Julio 1890.

EL ETERNO DON JUAN

Mayo fascinador, bello y triunfante,
delicioso Don Juan, siempre adorado,
luce su vestidura de brocado,
sus joyas y su espada deslumbrante.

—¡Terrible seductor, pérfido amante,
con tu encendido beso perfumado
cuánta, cuánta virtud has ablandado
más resistente y dura que el diamante!—

Mayo os sonríe, jóvenes dichosas.
¡Ya pulsa alegre su laud sonoro!
¡Ya os da claveles y fragantes rosas!

¡Ya la escala gentil de seda y oro
pone en vuestro balcón!... ¡Temblad, hermosas;
que pronto verter is amargo lloro!

Mayo 1894.

A UN AMIGO

Si no has tenido amantes como huríes
de espléndidas miradas,
cuerpo de nieve, labios de rubíes
y formas cinceladas;

Si el canto de los dulces ruiseñores
tu pecho no enajena,
ni bañaste la mente en los fulgores
de la noche serena;

Si el licor de la gloria no has gustado,
que al delirio provoca;
si el seno de una virgen no ha rozado
tu enamorada boca;

Si pinturas, estatuas, monumentos
y estrofas cristalinas,
no te inspiran sublimes pensamientos
y emociones divinas;

Si Mayo con sus aves y colores
y su radiante velo
de auroras y crepúsculos y flores
no te remonta al cielo;

Si de Shakespeare el mágico tesoro
tu vista no ha cegado,
y de Cervantes en la copa de oro
jamás te has embriagado,

No puedes ser feliz. Pero ¿qué digo?
Yo sé de un alma tierna y escogida
que probó esos deleites, noble amigo,
y es infeliz. ¡Tan lúgubre es la vida!

Julio 93.

LEYENDO Á BYRON

Los dos ocultos en la verde umbría
reclinada mi sien sobre tu seno,
con voz sonora y de entusiasmo lleno,
el *Manfredo* inmortal yo te leía.

Al son de la inflamada poesía
lúgubre y estallante como el trueno,
temblaba conmovido el bosque ameno,
y el ruiseñor de espanto enmudecía.

¿Te acuerdas?... De tus puras y lucientes
pupilas de zafir corrió en hilera,
mudo raudal de lágrimas ardientes.

Yo, entonces, desgarrando con enojos
el libro magistral que te afligiera,
con mi boca enjuagué tus claros ojos!

1894.

LA REINA DE LA ORGÍA

La noche es azulada, espléndida, radiante.
En un jardín bañado de aromas y fulgores,
la juventud romántica celebra delirante
deslumbradora orgía bajo un dosel de flores.

Es una seductora y alegre cortesana
la diosa de la fiesta, la reina de la orgía:
los brazos de alabastro; la faz de nieve y grana;
la noche en los cabellos y en la mirada el día.

Va envuelta en vaporoso y nítido oleaje
de gasas, de brocado, de terciopelo y blondas;
y muestra el seno mórbido más blanco que el
[plumaje
del cisne que resbala por las lucientes ondas.

La bacanal inflama cerebros y pasiones
y estalla el entusiasmo en férvidas corrientes:
suenan perladas risas, eróticas canciones,
crujidos de cristales y de ósculos ardientes.

Y al cadencioso ritmo de un cántico sonoro
que entonan dulces arpas y alegres bandolines,
la juventud escancia en grandes copas de oro
licores perfumados con rosas y jazmines.

De pronto se interrumpe la bacanal dorada: en medio de la fiesta siniestro ha aparecido un fuerte y rudo obrero, de lúgubre mirada, y á la arrogante diosa, veloz se ha dirigido.

«¡Perdón, esposo!» exclama la cortesana her-
[mosa;
mas el obrero rudo la mira despiadado,
y en su desnudo seno de nácar y de rosa,
clava un puñal y grita: «¡Mi honor está ven-
[gado!»

EL PUEBLO POETA

A Francisco Rodríguez Marín.

El pueblo rey del sol y los amores,
el pueblo de alma ardiente y faz morena,
que vence al toro en la encendida arena
y ventana y altar cubre de flores;

el pueblo que sus épicos furios
muestra en la lid, su rumbo en la verbena,
en rudos versos de inspirada vena
sus dichas canta y llora sus dolores.

Cuando en las noches puras y radiantes
surca el espacio su cantar sonoro,
mi corazón redobla sus latidos.

Y oigo en las notas ósculos vibrantes,
crótalos de marfil, flautas de oro
y clamores, sollozos y gemidos.

Septiembre 94.

Á ***

¿Te acuerdas, vida mía,
de aquella tarde del abril radioso,
en que llenas las almas de alegría,
en el bosque frondoso
hablábamos de amor y poësía?

¡Cuánta empresa de gloria y de ventura
forjaba nuestra mente soñadora,
al compás de la endecha embriagadora
del ruseñor oculto en la espesura!
¡Qué tarde tan feliz!... Enamoradas
brillaron de placer nuestras miradas;
tiñóse de rubor tu faz de aurora,
y con dulce embeleso
se unieron nuestras bocas inflamadas,
en ardoroso y prolongado beso.

Luego en la fuente cristalina y pura,
que da al bosque rumores y frescura,
las nacaradas manos sumergiste;
y haciendo copa de ellas
las claras linfas á beber me diste.
¡Cómo resplandecían
al sol tus manos bellas!
¡Y cómo al agitarlas parecían
verter lluvia de estrellas!...

Desde entonces tu imagen adorada
en mi fiel corazón llevo grabada;
y cuando imprime el ósculo de fuego
sobre mi sien la inspiración sagrada

y al trabajo me entrego,
miro cruzar sobre el papel tus ojos
lucientes y azulados,
tu helénico perfil, tus labios rojos
y tus rubios cabellos desatados.

*

¿Te acuerdas, vida mía?

Un lustro apenas transcurrido había
desde aquella radiante y perfumada
tarde de primavera,
y eras ya la preciosa compañera,
la esposa idolatrada
de un tierno amigo de mi edad dorada.
Fiesta deslumbradora
en tus regios salones esplendía
y en ella tu hermosura aparecía,
como nunca, gentil y arrolladora.
Fresca nube de encajes, brilladora,
dibujaba tus formas cinceladas,
para las lides del amor labradas;
y en tu escote feliz, de aromas lleno,
encendido clavel se estremecía,

cual boca enamorada que se abría
ansiosa de besar tu blanco seno.
¿Te acuerdas, mi ilusión? Tu alada mano
en las bruñidas teclas del piano
descifraba la célebre sonata
de Kreutzer, ese mágico tesoro
de notas peregrinas y triunfantes,
que ya semeja lluvia de diamantes
sobre un cristal sonoro;
ya rugidos de hirviente catarata;
ya pájaros que cantan y aletean;
ya copioso raudal de amargo lloro;
ya, en fin, recias espadas que golpean
sobre un arnés de oro.

Y pensé en las nerviosas y vibrantes
páginas delirantes
de la novela rusa, en que el poeta
traza el lúgubre cuadro de furores,
de odio, de excepticismo y de impudores,
de nuestra edad inquieta.

Clavando entonces mis amantes ojos
en tu faz expresiva y delicada,
ví una sonrisa entre tus labios rojos;

y ví alzarse tu seno, ola argentada
ceñida de la espuma de los tules,
mientras en tus magnéticas y azules
pupilas la pasión resplandecía,
y fija en mí tu eléctrica mirada,
en un beso de llamas me envolvía!
¡Supremo instante aquél! En mi doliente
pecho estalló el amor con ansia loca,
y de mis ojos la centella ardiente
quemó tu seno y tu fragante boca.
¡Supremo instante aquél!... Mas de repente
pensé en el hombre honrado,
en el amigo noble y generoso
á quien te uniste, y se nubló mi frente,
y, del afán lascivo, victorioso,
me alejé para siempre de tu lado.
¡Para siempre, mujer fascinadora;
aunque en acerbos lágrimas bañado,
mi enardecido corazón te adora!

DADME CHIPRE!

¡Dadme del añejo Chipre, rebotante
la copa de oro que el artista griego
modelara, encendido en sacro fuego,
sobre el redondo seno de su amante!

Sumergida en el néctar embriagante,
luminosa y feliz mi mente luego
á la patria inmortal del vate ciego
tenderá el ala inquieta y fulgurante.

¡Dadme Chipre: ver quiero los rientes
campos de Grecia, el Partenón divino,
musas, deidades, cielos esplendentes...

y olvidar negras cuitas y dolores,
reclinado en el pecho alabastrino
de la diosa gentil de los amores!

23 agosto 94.

LA CANCIÓN DE MI PUEBLO

¿Viste el país donde el limón florece?

(GOETHE)

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
su cielo es de zafiro, su sol esplendoroso,
y del Jenil radiante mi pueblo delicioso
se baña en la onda inquieta.

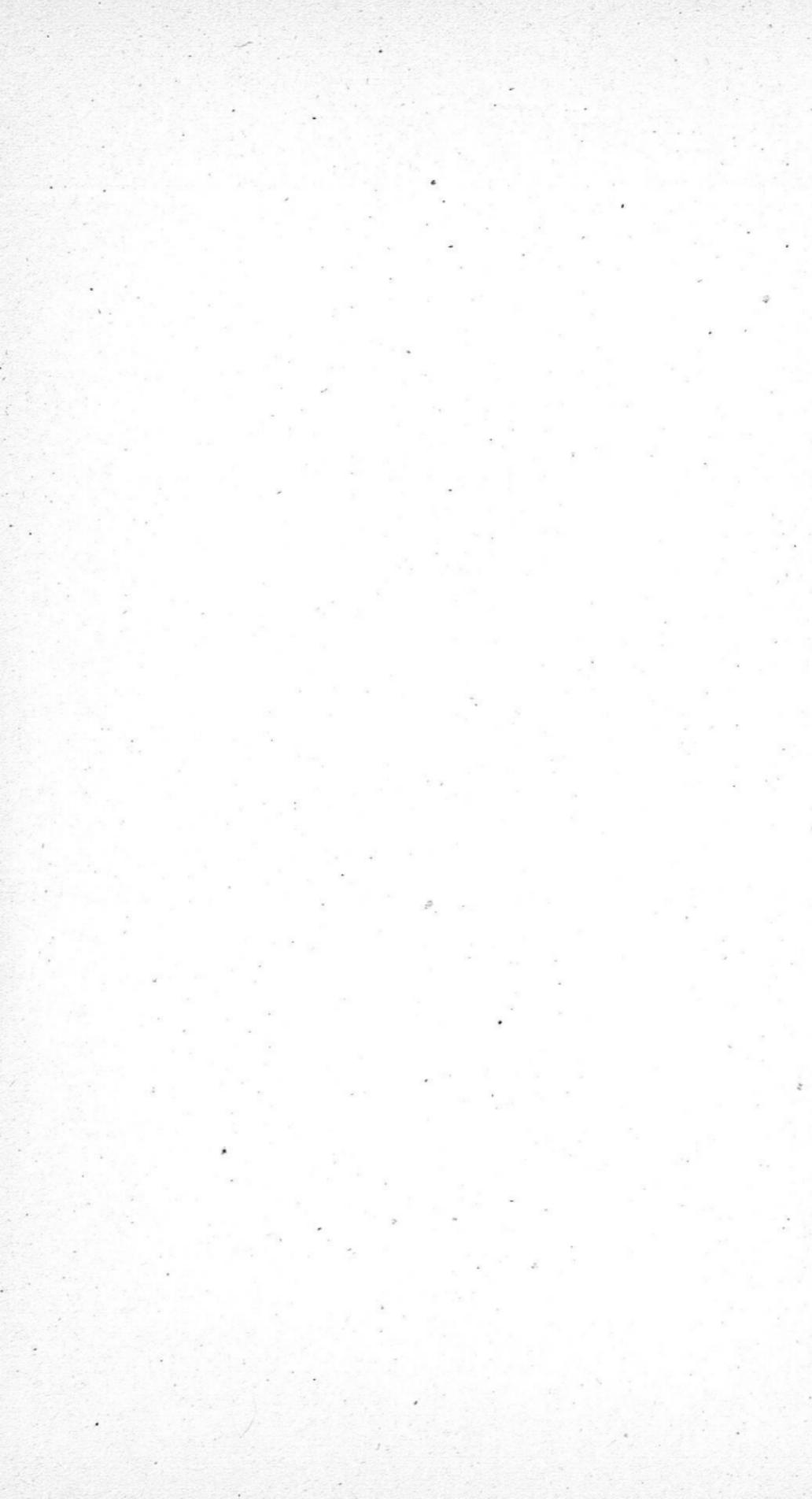
Mi pueblo está cercado de huertas y olivares,
de viñas y jardines;
sus blancos campanarios semejan palomares;
y en él dan las guitarras sus plácidos cantares,
su aroma los jazmines.

Todo en mi pueblo ríe: la cristalina fuente,
el pájaro canoro,
la cincelada torre, la reja floreciente
y el vino generoso, el vino reluciente
que lanza rayos de oro.

Es un verjel soñado, feliz nido de amores
mi pueblo dulce y bello:
poblado está de notas, perfumes y colores,
de pechos entusiastas y rostros seductores
de mágico destello.

Mi pueblo es tan alegre, risueño y bullicioso
como una pandereta;
mas ¡ay! que en su brillante regazo delicioso
hay algo enfermo y triste, doliente y angustioso:
el alma del poeta.

1890.



Á SHAKESPEARE

En tus sublimes obras siempre late
tierno y crüel, feliz y desgraciado,
el corazón del hombre, atormentado
de las pasiones por el recio embate.

Como al infierno el florentino vate,
del alma á los abismos has bajado,
y rival de los dioses, has creado
toda una humanidad que ama y combate.

¡Oh, soberbio titán de la poesía
que ora me arrancas lastimero lloro,
ó ya de horror y angustia me estremeces:

Mi alma entusiasta y loca desearía
que el mar, que el vasto mar fuera de oro
para alzarte la estatua que mereces!

19 mayo 93.

CANCIONES DE MAYO

—

I

Ya el mes de mayo sonrío;
ya se llenan de canciones
las liras de los poetas
los espacios y los bosques.

Ya el mes de mayo sonrío;
¡ya en las fosas de los pobres,
tan tristes y abandonadas,
se ven coronas de flores!

II

Este es el mejor idilio:
lago brillante y sereno,
cielo azul, astros de oro,
notas, perfumes y céfiros;
el amor cruzando el lago
en un esquife ligero;
endechas de ruiseñores
y rumor de dulces besos.

III

De notas y alas vibrantes
poblada está la arboleda;
es que entre las verdes hojas
un ruiseñor canta y vuela.

También en mi corazón
alas y notas resuenan;
es que dentro de mi pecho
un ruiseñor aletea.

IV

Ha vuelto la golondrina
con el lacito encarnado
que le puso mi adorada
una mañana de mayo.

Al volver la golondrina
con el lacito encarnado,
me halla vestido de negro
y por mi amada llorando.

V

Es noche de azul y plata,
noche de amor y verbena:
en el cielo arden los astros,
y los besos en la tierra.

Entre el alegre bullicio
camina solo el poeta;
¡sólo con sus pensamientos
y sus profundas tristezas!

HAMLET

—

A Conrado Solsona.

En la mente un volcán; en la mirada
la cólera sangrienta reprimida;
el sarcasmo en la boca contraída;
el amor en el alma desgarrada.

Ruje en su cráneo la tormenta airada;
venganza fiera, indómita, encendida,
al noble corazón lleva ceñida
como serpiente al árbol enroscada.

Sus ensueños de amor, sus ilusiones,
placeres, gloria, porvenir hermoso...
¡todo al suelo cayó despedazado!

Y víctima de recios aquilones,
en esquite deshecho y tenebroso
navega por un mar ensangrentado!

1880.

D. JUAN EN LOS INFIERNOS

(PENSAMIENTO DE BAUDELAIRE)

El joyel diamantino en el sombrero,
la espada al cinto, el cuello de oro y blondas,
surca don Juan gallardo y altanero,
en fúnebre bajel las negras ondas.

Mujeres, peregrinas hermosuras
de ojos de luz y formas nacaradas,
abiertas las flotantes vestiduras,
detrás del seductor, gimen airadas.

Su padre, ensangrentada la mejilla,
á la legión terrible y clamorosa
de los muertos que vaga por la orilla,
muestra al hijo, con mano temblorosa.

La dulce Elvira triste y demacrada,
oculto el rostro con las trenzas de oro,
al lado de su amante va sentada,
vertiendo silenciosa amargo lloro.

Y en el timón la mano poderosa
una estatua de mármol, impasible,
traza cortando el agua tenebrosa,
de los infiernos el camino horrible.

Mientras don Juan tranquilo, indiferente
á tantas desventuras y dolores,
los ojos clava en la fatal corriente
y lanza al viento una canción de amores.

EN ABRIL

Cuando Abril en los campos centellea,
poblarse miro de encendidas flores,
de césped, mariposas y colores,
el pobre cementerio de mi aldea.

Sobre sus tumbas canta y aletea
un coro de parleros ruiseñores,
y su tapia, del sol á los fulgores,
como risueño palomar blanquea.

Así mi pobre corazón herido,
cementerio olvidado y aterido,
baña Abril con un rayo de alegría.

Y entre sus tristes, removidas fosas,
del amor paternal brillan las rosas,
y canta el ruiseñor de la poesía.

Mayo 1893.

LA FIESTA DEL CORPUS

EN LA ALDEA

La mañana risueña y perfumada
prodiga sus deleites y esplendores.
De verde juncia y pétalos de flores
la bulliciosa calle está alfombrada.

Color y vida, jóvenes hermosas,
júbilo y paz, ingenuos madrigales,
fajas de seda, pintorescos chales,
bucles ornados de fragantes rosas.

Fulgura el sol en las tostadas frentes;
en las rejas, que brillan como plata,
abre el clavel sus hojas de escarlata
junto á los frescos labios sonrientes.

Llena de sencillez y poësía,
entre las vagas nubes del incienso,
pasa la procesión. Un grito inmenso
resuena de entusiasmo y alegría.

Bajo el palio de grana resplandece
el sagrado viril, símbolo santo.
Laten los corazones; dulce llanto
las serenas pupilas humedece.

Mientras en el azul se alza y blanquea,
con sus nidos de alegres golondrinas
y sus vibrantes notas argentinas,
el pobre campanario de la aldea.

EN MADRID

Prodiga sus deleites y esplendores
sobre Madrid la virgen primavera.
Bañada está la capital entera
en encendida atmósfera de amores.

Lujo y animación, risas perladas,
balcones coronados de hermosuras
y de tiernos galanes, colgaduras
que parecen banderas desplegadas.

Ríe el sol en las joyas y en los trajes,
y besa el rostro de apretada nieve,
en tanto el aura voladora mueve
de las blancas mantillas los encajes.

Con la oficial brillante comitiva,
pasa la procesión majestuosa;
la muchedumbre apíñase curiosa,
muerta la fe, la sed de goces viva.

Bajo el palio magnífico aparece
la soberbia custodia de diamantes.
Hablan con entusiasmo los amantes,
y el fuego en las pupilas resplandece.

Mientras en el espacio centellea,
con sus radiantes formas cinceladas,
sus trenzas de oro y fúlgidas miradas,
lasciva y triunfadora Citerea.

CLAVELES ROJOS



Rojo clavel abierto y perfumado
ostentaba su pompa y lozanía
sobre el nítido encaje, que cubría
las gracias de tu seno cincelado.

Aquella flor de pétalo encarnado
—viva llama que aromas esparcía—
deshojéla, gozoso, en la onda fría
del champaña de espuma coronado.

Ciego de amor, la copa reluciente
del áureo vino, que al placer provoca,
apuré con afán y ansia vehemente.

Mas calmada no ví mi fiebre loca,
hasta que deshojó mi labio ardiente
el clavel encendido de tu boca.

ÚLTIMA NOCHE DE EDGARDO POE

I

En el vaso tallado y luciente
fulgura el ajenjo,
como el ojo de un tigre ó las ondas
de un lago sereno.

Bebe ansioso el licor de esmeralda
el vate bohemio,
el cantor de Eleonora, y se abisma
en plácidos sueños.

De repente, fantástica, surge
del vaso de ajeno,
una virgen de túnica verde
y rostro siniestro.

Sus pupilas están apagadas
como un astro muerto,
y en sus lívidos labios la risa
parece un lamento.

Es la virgen la horrible Locura
que abraza al bohemio,
y se lanza con él á un abismo
terrible y negro.

II

Enlazado á la virgen fantástica
de ojos yertos y frente de mármol,
así exclama, con lúgubre acento,
el pobre noctámbulo:

—¡Oh, bebamos, bebamos, hermosa!
Que los besos abrasan los labios
y el amor da una sed insaciable.
¡Bebamos, bebamos!

¡A gozar! Este néctar de fuego
tiene perlas, perfumes y rayos
como tú, mi gentil adorada.
¡Bebamos, bebamos!!

¡A cantar, á reir! Luego puedes
descansar en tu lecho de sándalo
bajo el rico dosel de oro y púrpura.

¡Bebamos, bebamos!

¡Sí, bebamos! La vida es horrible,
y ahogar quiero en el fondo del vaso
mis angustias y negros dolores.

¡Bebamos, bebamos!

III

En su raudo corcel de tinieblas
huyó luego el fantasma temido
de la noche glacial con los trasgos
y los mónstruos que engendra el delirio.

De la aurora la antorcha de oro
alumbró con fulgores magníficos,
á la puerta de obscura taberna,
el cadáver del genio sombrío.

¡Sobre el cuerpo del mísero Edgardo
revolaba aquel cuervo fatídico
de su triste espantable poema,
dando roncós y fúnebres gritos!

TUS OJOS

—

Son tus ojos, mi bien, negros diamantes
en que relumbra el sol del Mediodía;
ojos llenos de erótica poesía,
de llamas y promesas embriagantes.

Tus ojos son espejos fulgurantes
que reflejan la hermosa Andalucía
con su pompa, su gracia y alegría,
sus campos y sus cielos deslumbrantes.

Cuando me asomo á tus pupilas bellas,
miro verjeles, árabes palacios,
mares de plata y luz, noches de estrellas,

patios floridos, ferias bulliciosas,
la Giralda riendo en los espacios,
y el amor sobre céspedes y rosas.

1894.

LOS CABELLOS RUBIOS

¡Oh, rubias cabelleras desatadas,
como alegre raudal de olas de oro
os volcáis sobre el mágico tesoro
de divinas bellezas ignoradas!

¡Trenzas resplandecientes, esmaltadas
de claveles y rosas, yo os adoro:
diademas fuísteis del radiante coro
de mis dulces espléndidas amadas!

¡Rizos de aureo vapor, rubios cabellos,
que haz de rayos de vívidos destellos
parecéis, deslumbrando, á quien os mira:

Con vosotros tejó mi edad riente
la hamaca de mis sueños refulgente
y las doradas cuerdas de mi lira!

1894.

EL SUEÑO DE UNA NOCHE DE VERANO

(EN EL CONCIERTO)

A Juan Calvo de León.

Llueve: la tarde es triste y nebulosa.
Al beso de la lluvia fecundante
su frente inclina la purpúrea rosa,
como al ósculo fresco de su amante
la enamorada virgen ruborosa.

El agua cristalina
en las frondosas ramas centellea,
cual joya de diamantes que campea
en los verdes cabellos de una ondina;
el ruiseñor se oculta y enmudece,
busca el nido la oscura golondrina,
la floresta reluce y se estremece,
y la lluvia, entre tanto, gime y llora,
y con sus hilos fúlgidos parece
arpa gigante de cristal, sonora.

.
Con el alma tan triste como el cielo
de este lluvioso día,
entro, buscando á mi dolor consuelo,
en el templo inmortal de la armonía.

*

De pronto en la alta esfera,
brilló, como sonrisa placentera,
la luz del sol, entre vapores rojos,
que irradiando en los vidrios de colores
del templo musical, mostró á mis ojos
un agitado mar de resplandores.

Allí el cuello de encajes, la lujosa
seda y el raso espléndido, las flores
entre los rizos negros ó dorados,
los seductores rostros de las bellas,
los lindos arabescos esmaltados
de la sala elegante y anchurosa,
las joyas coronadas de centellas,
el alegre abanico fulgurante,
la mantilla de nieve, la lustrosa
pechera de marfil, el chal brillante
bordado de vistosos colorines,
la luz artificial vertiendo estrellas
sobre trompas, timbales y clarines,
y dorando la lira melodiosa...
todo resplandecía,
todo lanzaba rayos y fulgores,
formando una grandiosa sinfonía
de relámpagos, lumbres y colores.

*

La orquesta abrió el concierto soberano
con la maravillosa melodía

El Sueño de una noche de verano.

Y en aquella cascada de armonía,
como en un cosmorama, yo veía
mi adolescencia, plácida alborada;
el blanco campanario de mi aldea,
con su rota veleta cincelada,
que en lo azul se destaca y centellea;
mis primeros amores;
las rejas llenas de olorosas flores
y de besos ardientes,
y aquellas noches puras y lucientes
en que el alma volaba
de astro en astro, y en lumbre se bañaba.
Después mi arrebatada fantasía
se pobló de magníficos ensueños
de luz y poesía,
ora tristes, ya alegres y risueños.
Ví entonces la serena y argentada
noche del seco estío,
y en la corriente de brillante río
una barca poblada
de bulliciosos jóvenes y hermosas
coronados de rosas,
que al viento daban risas y canciones;

en tanto que en la orilla floreciente
un mancebo de pálidas facciones,
de tristes ojos y abatida frente,
alejarse miraba en la corriente
el esquife sonoro.

Borróse luego esta visión de oro,
y apareció una noche tenebrosa,
en cuyo fondo lúgubre y sombrío
alzábase la imagen pavorosa
de trágico y sangriento desafío.
Y semejaba en el oscuro cielo
la amarillenta luna agonizante
un cráneo de marfil sobre un gigante
catafalco de negro terciopelo.

Tras este cuadro fulguró radiante
bello tropel de náyades y ondinas,
bañándose en azul y terso lago,
al cadencioso halago
de canciones y músicas divinas
que entonaban las ondas cristalinas.
Luego una huerta apareció frondosa
con sus parras, su fuente rumorosa,
sus rosales y arpados ruiseñores;

y bajo de un granado, cuyas flores
de púrpura y de fuego parecían
labios abrasadores,
dos amantes besábanse y reían.
Desvanecida esta visión de amores,
surgió un gótico templo iluminado,
todo vestido de tisú de oro,
con su altar de azucenas adornado
y su esculpido coro,
donde cantaba el órgano sonoro.
Al pie del ara una gentil doncella,
de rubia cabellera reluciente,
como el fleco dorado de una estrella,
ceñida de azahar la casta frente,
y la figura bella
envuelta en blanco velo transparente,
daba su mano fina y delicada
á un gallardo mancebo, de mirada
placentera y airoso continente.

.
Mas ¡ay! enmudeciendo de repente
la orquesta, desplomóse el atrevido
alcázar que elevó mi fantasía,

volviendo yo, doliente y abatido,
á la espantosa realidad sombría.
¡Entonces, comparando
mi alborozada juventud serena
con estos tiempos de cansancio y pena,
toda la tarde la pasé llorando!

1885.

Á UNA DAMA

Soberbia emperatriz de la hermosura,
áureo sol de la gracia y la alegría,
el cincel, la pintura y la poesía
enaltecen tu helénica figura.

¿Quién osará decir que tu dulzura,
tu belleza, esplendor y lozanía
cubren un alma engañadora y fría,
nido de la traición y la impostura!

¡Ah, qué risa te causa y menosprecio
la sociedad, que eleva himno sonoro
á tu falsa virtud y honor mentido!...

¡Ríe, diosa feliz; que el mundo necio
no ve en tu pedestal de bronce y oro
el blasón de mis triunfos esculpido!

1894.

Á VÍCTOR BALAGUER

AUTOR DEL POEMA «SAFO»

Hay un arpa inmortal, arpa terrible
de pavorosos lúgubres acentos,
que recuerdan coléricos y bravos,
el furor de los mares y los cielos.

De sus cuerdas de bronce Homero arranca
de los combates el marcial estruendo;
la maldición Esquilo de los dioses
y el ronco sollozar de Prometeo.

Dante la voz de un siglo tenebroso;
Shakespeare los gritos, llantos y lamentos
del corazón humano; el lord sublime
sordos gemidos y sarcasmos fieros.

Hoy me parece oír, noble poeta,
al resonar tu cántico de fuego,
en que estallan de Safo los clamores
y el rugido espantoso de sus celos,

el arpa atronadora, el arpa eterna
de pavorosos lúgubres acentos
que recuerdan coléricos y bravos,
el furor de los mares y los cielos.

LA NOCHE-BUENA

Risas, placeres, el altar dorado;
la familia que canta y se recrea
en torno de la blanca chimenea;
el vals alegre, rítmico y alado.

El corazón valiente del soldado,
henchido del recuerdo de su aldea,
y el champañ, que en la copa centellea,
de cristalina espuma coronado.

Los infelices, la tormenta, el frío;
el niño abandonado, que suspira
triste y glacial; la voz atronadora

del vasto mar indómito y bravío,
y la campana, que, cual férrea lira,
ya parece que canta, ya que llora.

1883.

LA OLA NEGRA

Gritos de horror, lamentos y gemidos.
Tempestad en los aires y en las almas.
La ola negra, terrible y silenciosa,
avanza, avanza, avanza.

Los cerebros se rompen; las conciencias
envueltas en las sombras agonizan;
los corazones, yertos desfallecen...

¡Todo cruje y vacila!

Hasta la hermosa juventud sucumbe
en el naufragio horrendo, el pecho herido
por la insaciable garra de pantera
del torpe escepticismo.

Desquiciada la ciencia se derrumba;
la matrona del arte, ayer excelsa,
rueda en el turbio lodazal, quebrada
la corona de estrellas.

¡Todo se desespera, gime y llora!
En la inmensa catástrofe naufragan
el honor, la virtud, el entusiasmo,
la gloria, la esperanza!

Y sobre la ola negra que va hundiendo
templos y tronos, pueblos y naciones,
flotan los cuerpos lívidos y helados
de los vencidos dioses.

Gritos de horror, lamentos y gemidos.
Tempestad en los aires y en las almas.
La ola negra, terrible y silenciosa,
avanza, avanza, avanza.

1888.

Á NÚÑEZ DE ARCE

EN SU CORONACIÓN

—

I

Un genio ardiente, un alma vengadora,
reclama ya la universal conciencia:
brilla el cinismo, triunfa la licencia,
y la maldad se yergue vencedora.

Falta un genio de voz atronadora
que maldiga del vicio y la impudencia,
reduzca al ambicioso á la impotencia
y arranque tanta máscara traidora.

Un genio, sí, de frente inmaculada
que convierta su pluma de diamante
en látigo de fuego ó recia espada;

y que ostente en su espíritu radiante
de Tácito la cólera sagrada
y el estro airado del terrible Dante.

II

Ese genio inmortal, esa alma austera
solo puedes ser tú, sublime vate:
tú en cuya estrofa cincelada late
noble y augusta la verdad severa.

Tú cuya inspiración robusta y fiera
da al crimen y al error tremendo embate
en los valientes *Gritos del combate*,
donde solloza nuestra edad entera.

Tú solo puedes ser el soberano
poeta vengador, porque has reunido
las virtudes del pueblo castellano,

y en tu grandioso canto enardecido
suena potente del león hispano
el formidable aterrador rugido!

III

Hoy que el mundo latino te proclama
emperador del arte; hoy que un senado,
de noble admiración arrebatado,
ciñe á tu frente el lauro de la fama,

piensa en la humanidad que sufre y clama,
y pon la vista en nuestro pueblo amado
que roto, escarnecido y desgraciado,
en tí, varón insigne, espera y ama.

¡Y hace bien, vive Dios!... ¡Ya me parece
que estallan furibundos tus acentos!

¡Ya el mal, amedrentado, se estremece!

¡Ya las cuerdas de bronce de tu lira
se transforman en látigos sangrientos!

¡Ya miro arder el hierro de tu ira!

DESDE EL CAMPO



Á UN AMIG

¡Salud, mi tierno, cariñoso amigo,
á cuyo dulce nombre la empolvada
lira del vate obscuro y solitario,
gozosa se estremece y grata suena!

¡Salud, amigo fiel, alma escogida,
á quien ofrece pródigo el destino
en su espléndida copa de diamantes
el vino del placer y de la gloria!
A tí, que bogas en dorado esquife
por el azul, resplandeciente lago
de la felicidad, vuelen mis versos;
vuelen mis pobres versos, de violetas
y rosas coronados: que mi musa
rasgó los tristes, fúnebres crespones,
al refugiarse en los alegres campos,
huyendo de las pérfidas ciudades.
¡Oh, las ciudades!... Son como esas frutas
cuya sedosa piel de grana y oro
oculta un corazón seco y podrido.
Conozco bien esos brillantes centros
donde rugen los odios y rencores
como tigres hircanos; silba ronca
la sierpe de la envidia; el ave negra
de la calumnia da su grito horrible;
la voraz ambición maldice y llora...
Formando todo el mundanal tumulto,
que estalla como un trueno y finge airado

satánica y terrible sinfonía
de ayes dolientes, lúgubres sollozos,
lamentos y siniestras carcajadas.

¿Y no he de conocer esas mansiones
de la traición, colonias de los vicios,
antros de horrores, vastos coliseos
donde se representa el negro drama
de la vida infernal, si en las ciudades
corrió, para mi eterna desventura,
mi rutilante juventud?... Henchido
el corazón de férvido entusiasmo
y la mente bañada de fulgores,
pisé la arena del sangriento circo
de las fascinadoras capitales.

¡Edad feliz! Cantaban en mi pecho
los ruiseñores; nardos, azucenas
y perfumadas rosas florecían
en el risueño campo de mi espíritu.
A la bondad y tolerancia abierto,
mi virgen corazón su áureo tesoro
de afectos y ternura prodigaba;
y el mundo y las mujeres y los hombres
al través de la lente poderosa

de mi loco cerebro de poeta,
á mi absorta mirada aparecían
envueltos entre lumbres y esplendores.
¡Oh tiempo venturoso, en que anidaba
la celeste canción de alas de fuego
entre las cuerdas de mi dulce lira!
¡Risueña edad en que el licor divino
del amor y la dicha me embriagaba!
¡Cuán veloces corrísteis, claros días
de rosadas auroras, arrancando
á mi frente la mágica diadema
de las puras radiantes ilusiones!
¡Cuán veloces corrísteis, cuán veloces,
llevándoos con vosotros los celajes
de púrpura y azul, la primavera,
el sol y las florestas encantadas!...

Plegó la fe sus alas de paloma
en mi angustiado espíritu, y rasgado
el velo brillador que me ocultaba
la espantosa miseria de los hombres,
el árbol de mi vida, todo lleno
de pájaros y flores, cayó herido
por el hacha fatal del desengaño!

Volví entonces los ojos á mis dulces
rústicas soledades, donde alegres
se deslizaron mis mejores días,
y al refugiarme en ellas, el reposo
y la paz encontré y el bien perdido.

¡Cómo refrescan la ardorosa frente
las auras puras de los verdes campos!
Los pájaros, arroyos y cascadas,
¡cómo llenan el alma de armonías!

¡Oh valle delicioso! ¡Oh bosque umbrío!
De vuestras arboledas y espesuras,
como alegre bandada de palomas,
salen deslumbradores los recuerdos
y las horas más bellas de mi vida.

Ameno valle, en tu feraz llanura
la blanca mariposa de mis sueños
tendió sus alas por la vez primera,
y en tus lirios, violetas y jazmines,
se embriagó de colores y perfumes.

Bajo los pabellones temblorosos
del intrincado bosque ¡cuántas veces
al calor de la plácida lectura
de los sublimes libros inmortales,

mi inspiración, cual náyade sagrada,
se bañó en el raudal de la poesía!
Ante mis ojos admirados veo
poblarse estos verjeles y espesuras,
como en mi tierna edad, de ninfas bellas,
hadas, musas, deidades y heroínas.
Allí miro asomada entre el follaje,
á la gentil, provocativa Lesbia,
en los labios la risa bulliciosa
y el amor en los ojos centellantes.
Por los húmedos prados florecidos
pasa Beatriz, ceñida de fulgores
y blanca como el lino de su velo.
Reflejada en las linfas de una fuente
contemplo á Laura, la arrogante musa
de trenzas de oro, cuerpo de alabastro
y radiantes pupilas de zafiro.
Y allá, entre los rosales y laureles,
canta la dulce Ofelia y prende flores
en sus rubios cabellos desatados.
A la margen del bosque se dilata
resplandeciendo al sol, la hojosa viña,
bajo cuyas guirnaldas, recostado,

cantaba yo las báquicas estrofas
del lírico de Grecia, y los ardientes
cantos de amor de la latina musa.
Hoy como ayer, al mágico conjuro
de tan embriagadora poësia,
surgen locas y alegres las bacantes
coronadas de vides y de hiedras,
los ojos llenos de encendidas llamas
y sueltas las flotantes vestiduras.
Mientras el viejo Anacreón, ceñida
la cabeza de pámpanos lascivos,
vierte la fulgurante copa de oro
sobre el redondo seno de su amada.

Allá diviso en la floresta verde
el coro de las ninfas y nereidas,
y oigo sus frescas voces juveniles
y de sus liras de cristal las notas.
Y contemplo la pura y deslumbrante
belleza de las náyades desnudas,
que al rumor de los céfiros, se duermen
sobre el luciente espejo de las aguas.

Paréceme que vuelvo, noble amigo,
á mi dichosa edad: hoy como entonces,

gozo de las delicias de estos campos,
donde, libre de afanes, vuela el alma
por la región azul de los ensueños,
olvidando las fieras tempestades,
entre angustias y lágrimas, corridas.
Aquí todo es deleite y hermosura:
por todas partes la potente savia
se siente circular; brisas y aromas
flotan en los espacios transparentes;
llenas están de lirios las praderas,
de luz el cielo, el alma de alegría.
Sí, dulce amigo, aquí todo sonrío:
desde el altivo monte que el sol dora,
hasta la humilde fuente; desde el álamo
de tronco brillador y hojas de plata,
hasta la brizna de mojada hierba
cuya punta sutil muestra un diamante.

¡Qué espléndidos paisajes! ¡Qué espec-
[táculos
se ofrecen á mi vista alucinada!
Sobre los campos la divina aurora
su veste de zafir y grana ostenta,
mientras el sol levanta entre el ramaje,

su palacio oriental de roja cúpula;
desgárranse los tules de la niebla;
los amplios horizontes se iluminan...
y aparece triunfante la mañana
llena de azul, de rayos y de flores.
Camino entonces por el hondo valle
donde el arroyo fugitivo quiebra
sus joyas de luciente pedrería;
donde se yergue con su regia pompa
el arbusto gentil; tiemblan los nidos
resonantes de besos y canciones;
las abejas, de mieles embriagadas,
como en lecho de púrpura se duermen
en el seno encendido de las rosas;
suspira el ruiñeñor; la primavera,
con su velo nupcial de luz tejido,
envuelve prados, ondas, monte y nubes,
y el alma se sumerge en el profundo
corazón de la gran naturaleza.

Cuando la tarde, plácida y tranquila
como el cándido sueño de una virgen,
arroja sobre el campo su paleta
de tintas y matices delicados,

y fingen los celajes áureas torres,
bajeles rotos, fúlgidas montañas,
mónstruos de fuego, alcázares de lumbre,
recuerdo aquellas tardes deliciosas
de primavera, en que la pobre niña
de faz de nieve y celestiales ojos
—mi adorada beldad de trece abril—
á mi lado sentábase á la sombra
de los almendros. Tierno adolescente
de casto corazón, yo entretejía
en sus rizos de seda, hojas y flores,
mientras con ojos puros me miraba
dando á los aires sus perladas risas.
Y pienso en los rosales de su tumba,
por mi mano plantados, donde moran
los ruseñores, y amorosas lágrimas
resbalan por mis pálidas mejillas.

Al declinar la tarde, de los prados
suben emanaciones azuladas
como nubes de incienso; los paisajes
se desdibujan; brilla alguna estrella;
la obscuridad avanza, y pronto borra
del vasto lienzo céspedes floridos,

diáfanas aguas, retorcidas vides,
horizontes y cielos irisados.

Y surge, envuelta en plácido silencio,
la noche, llena de misterio y calma
y augusta majestad. ¡Nada en el mundo
tan solemne, magnífico y grandioso,
como la noche en los desiertos campos!
¡Oh dulzuras! ¡Oh goces inefables!
En esas horas de éxtasis supremos
yo me siento feliz, y algo sublime
y superior al hombre en mí se agita;
mi mente vuela por el ancho espacio
que hermoso templo á mi mirada ofrece;
el hálito de Dios mi ser penetra;
la olvidada oración consoladora
vuelve á mi labio, y caigo de rodillas
bajo la inmensa bóveda estrellada.

Campo-Real, Abril 1893.

ANDALUCÍA

A José Vignote.

Cielo brillante, fuentes rumorosas,
ojos negros, cantores y verbenas,
altares adornados de azucenas,
rostros tostados, perfumadas rosas.

Bellas noches de amor esplendorosas,
mares de plata y luz, brisas serenas,
rejas de nardos y claveles llenas,
serenatas, mujeres deliciosas.

Cancelas, orientales miradores,
la guitarra y su triste melodía,
vinos dorados, huertas, ruiseñores,

deslumbradora y plácida poesía...
He aquí al pueblo del sol y los amores,
la mañana del mundo: ¡Andalucía!

1881.

Á HORACIO

En la profunda copa reluciente
de tus versos dorados, gran latino,
el néctar de tu numen peregrino
bebió mi corazón adolescente.

Tú me enseñaste a amar el bien presente,
las hermosas de cuerpo alabastrino,
la sagrada amistad, el áureo vino,
el verde campo, el patriotismo ardiente.

Tú, en horas de cansancio y amargura,
mitigaste mis lúgubres dolores
con tus máximas llenas de dulzura.

Por tí yo desdeñé pompas y honores,
y soy feliz con mi existencia obscura
entre pájaros, árboles y flores.

1894.

FIN

ÍNDICE

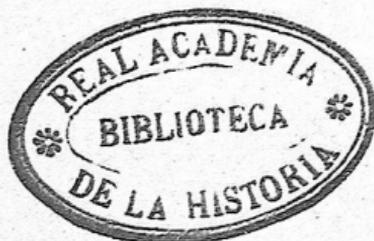
	<u>Págs.</u>
CARTA AUTÓGRAFA DE D. GASPAR NÚÑEZ DE ARCE.	
DEDICATORIA.— <i>A mi Musa</i>	3
A un poeta	7
La perla	13
Un desafío	15
En Mayo	19
Byron en la bacanal	21
La gota de sangre	25
La legión sagrada	27
A una hermosa	31
Desde la Corte	33
El carnaval de Venecia	45
Boceto	47
La eterna mascarada	51
La diosa de la Alhambra	53
Las almas tristes	61
El campanario de mi aldea	63
La opinión	67
Última primavera del poeta	69
En la floresta	73
A Antonio Aguilar y Cano	75
La poesía	81
La estatua	83
Al Jenil	85

	Págs.
Byron en Venecia.	87
La visión amada.	89
Al autor de «La musa abandonada».	91
El eterno Don Juan.	105
A un amigo.	107
Leyendo á Byron.	111
La reina de la orgía.	113
El pueblo poeta.	117
A ***.	119
Dadme chipre!.	125
La canción de mi pueblo.	127
A Shakespeare.	131
Canciones de Mayo.	133
Hamlet.	137
D. Juan en los infiernos.	139
En Abril.	143
La fiesta del Corpus.	145
Claveles rojos.	149
Última noche de Edgardo Poe.	151
Tus ojos.	157
Los cabellos rubios.	159
El sueño de una noche de verano.	161
A una dama.	169
A Victor Balaguer.	171
La noche-buena.	173
La ola negra.	175
A Núñez de Arce.	179
Desde el campo.	185
Andalucía.	197
A Horacio.	199



ERRATAS PRINCIPALES

Página.	Línea.	Dice.	Debe decir.
86	4	mil dolores	mis dolores.
125	2	¡Dadme del añejo	¡Dadme de añejo
185	2	Á UN AMIG	Á UN AMIGO





OBRAS DEL MISMO AUTOR

Andantes y alegros (poesías).

Cromos y acuarelas (poesías).

El dedal de plata (monólogo dramático).

EN PREPARACIÓN

Poemas.



Señor D. Manuel Molina.

Perdone Ud, queridísimo amigo mío,
si' contrariado en mi más vehemente de-
seo por el estado de mi salud, no cum-
plo el espontáneo compromiso que
contraí con Ud de escribir un
prólogo para el tomo de poesías
que va a encargarse la Librería

experimenta. No es Vol el que muere
en ellos, si no yo, que me puedo dar
me el placer de expresarlo en forma
adecuada y con la debida extensión,
el alto aprecio que tengo al poeta
y a la vez el cariño entrañable que
siento por el amigo del alma.

Todo me confirma la idea de que
no necesito Vol sea un pobre apáta
lo p^a ocupar en la literatura

patria, el puerto a' que sus propios me-
cimientos le elevan. Lirio como tal,
segun observo atinadamente el matrogru-
do Revilla al hacer la critica de
los primeros ensayos, posee en grado su-
mo el don de reflejar en su poesia,
a' la manera en que el mar refleja
la profunda claridad de los cielos, la
luz de la esplendida tierra andalu-
za en que ha nacido, cuyo Orfamento

parencia todo lo anima, cubra, hermorea
y abriganta, no ha menester de cho-
quis, que por un nudo podrian pase
ser interesantes, para resplandecer, en
sus estrella de primera magnitud, en
el infinito espacio del arte.

Mejora tal, ilustre poeta, ni sin
era felicitación, y con ella el testi-
nio del grandísimo afecto que se
impresa en mis amigos
29 de octubre de 1894. J. Núñez de Torres